

LINDEN MACINTYRE



EL ENVIADO
DEL OBISPO

Plata

Annotation

El padre Duncan MacAskill, también conocido como 'el Exorcista', lleva años ayudando a desaparecer a curas cuyo comportamiento poco cristiano podría haber sido motivo de escándalo. Ahora, cuando los periódicos comienzan a revelar distintos casos de abusos a menores en el seno de la iglesia canadiense, MacAskill es destinado a la pequeña parroquia de Creignish en espera de que la tormenta mediática se calme. En el helado invierno de aquel páramo, a escasa distancia de donde él mismo nació y se crió, el enviado del obispo traba amistad con la familia MacKay, lo que lo lleva a ser testigo de una terrible tragedia. Y, torturado por ciertos recuerdos de su estancia como misionero en Honduras, azotado tanto por la tentación como por la culpa, MacAskill no tardará en descubrir que se enfrenta a un enemigo mucho más temible que la prensa: su propia conciencia.

LINDEN MACINTYRE

El enviado del obispo

Traducción de Alejandro Palomas Pubill

Urano, S.A.

Sinopsis

El padre Duncan MacAskill, también conocido como 'el Exorcista', lleva años ayudando a desaparecer a curas cuyo comportamiento poco cristiano podría haber sido motivo de escándalo. Ahora, cuando los periódicos comienzan a revelar distintos casos de abusos a menores en el seno de la iglesia canadiense, MacAskill es destinado a la pequeña parroquia de Creignish en espera de que la tormenta mediática se calme. En el helado invierno de aquel páramo, a escasa distancia de donde él mismo nació y se crió, el enviado del obispo traba amistad con la familia MacKay, lo que lo lleva a ser testigo de una terrible tragedia. Y, torturado por ciertos recuerdos de su estancia como misionero en Honduras, azotado tanto por la tentación como por la culpa, MacAskill no tardará en descubrir que se enfrenta a un enemigo mucho más temible que la prensa: su propia conciencia.

Título Original: *The Bishop's Man*
Traductor: Palomas Pubill, Alejandro
Autor: MacIntyre, Linden
Editorial: Urano, S.A.
ISBN: 9788492919031
Generado con: QualityEbook v0.87

Linden MacIntyre

El enviado del obispo

TÍTULO original: The Bishop's Man

Traducción: Alejandro Palomas Pubill

1.ª edición Octubre 2010

© 2010 by Ediciones Urano, S.A.

Copyright © 2009 by Linden MacIntyre

ISBN: 978-84-92919-03-1

Para Carol

Agradecimientos

QUIERO dar las gracias a muchos amigos y colegas por sus aportaciones y por los consejos que recibí de ellos a medida que esta historia fue tomando cuerpo. Debo un agradecimiento especial a mis agentes, Don Sedgwick y Shaun Bradley, por los años de fidelidad que mostraron en el proyecto, y especialmente a Don, que leyó el manuscrito y me ofreció valiosas críticas durante las diversas versiones. Mi esposa, Carol Off, me proporcionó su aliento y su guía durante todo el proceso, y nuestro amigo Scott Sellers de Random House Canadá apreció la valía del proyecto prácticamente terminado cuando hasta yo dudaba de él. Mi editora, Anne Collins, incorporó a la historia la tierna lucidez y disciplina editorial que necesitaba para trascender mis innumerables flaquezas literarias.

LIBRO PRIMERO

OH, HIJOS de los hombres:

¿Cuánto tiempo más seguiréis tiñendo de vergüenza
mi gloria?

SALMOS

1

LA NOCHE antes de que las cosas empezaran a desmoronarse, dediqué un buen rato a hacer inventario de mi situación general y llegué a la conclusión de que, a pesar de todo, no tenía motivos de queja. En ese fugaz instante de tranquilidad, me sentí bien. Me faltaban pocos años para cumplir los cincuenta, un umbral psicológico ligeramente menos desalentador que la propia muerte, y no me sentía demasiado distinto de cuando tenía cuarenta o incluso treinta años. Si en algo había cambiado, era en que había ganado en salud. La última década del siglo anterior, que era también la del milenio, se anunciaba menos estresante que la octava —definida por ciertos acontecimientos que habían tenido lugar en Centroamérica— y que la novena, ensombrecida por la nube de escándalos acontecidos aquí, en mi tierra.

Fui sacerdote en una época que no ha sido especialmente benevolente con el clero. En cualquier caso, había logrado lo que a mi entender era una espiritualidad sostenible y una capacidad para explayarme sobre este particular haciendo uso de un mínimo de hipocresía y de falsa piedad. Había llegado incluso —y esto no me parece en absoluto un logro desdeñoso— a aceptar cierta sórdida oscuridad sobre mis orígenes familiares en un lugar donde la gente celebra los detalles más tediosos de sus ancestros.

Soy hijo bastardo. Mi madre era una mujer extranjera que murió mucho antes de lo que le tocaba, derrotada por la decepción y por la tuberculosis.

Fui, en el sentido más literal de la expresión, un hijo de la guerra. Según mis cálculos, mi concepción tuvo lugar apenas unos días antes de que la unidad de mi padre embarcara desde Inglaterra con destino a las hostiles costas

de Italia, exactamente el 23 de octubre de 1943. Entre sus papeles figura una críptica referencia a un juicio sumario y a una multa (la paga de cinco días) por ausentarse de su unidad la noche del 17 de octubre. Nací en Londres, Inglaterra, el 15 de julio de 1944.

¿El aislamiento? Aunque quizá de un modo no del todo perfecto, había conseguido domesticar el celibato, esa negación institucional de la más humana de las transacciones. He estado y estoy —hasta cierto punto— excluido del grupo de mis propios congéneres, de mis hermanos en el sacerdocio, por complejas razones que muy pronto quedarán desveladas. Sin embargo, en aquel entonces creía haber descubierto una importante verdad universal: que el aislamiento, voluntariamente elegido, se convierte en el regalo de la soledad; que la disciplina ennoblece la carne.

En ese fugaz instante de tranquilidad, me sentí bien. Veo ahora ese instante como si formara parte de otra vida, como si el hombre que fui se hubiera convertido ahora en un perfecto desconocido.

Había pasado el fin de semana en Cape Breton, exactamente en la parroquia de Port Hood, sustituyendo a Mullins, que se había ausentado para reunirse con sus carismáticos o para jugar al golf. En otras palabras, que había decidido buscar una vía de escape. A Mullins le gusta dosificarse. Yo había planeado alargar un día más mi visita y pasar el lunes leyendo y meditando. El pueblo de Port Hood es un lugar hermoso y tranquilo. De hecho, me crié en la zona, aunque los vínculos personales que mantenía con la región eran limitados. Podría fácilmente hacerme pasar por un desconocido, un papel que me resulta cuando menos agradable.

Mullins y las buenas hermanas instaladas en lo alto de la carretera habían dotado a la parroquia de una confortable pulcritud. Cualquiera podía sentirse cómodo allí. La sensación era como la de estar en un motel bien atendido.

La parroquia tiene magníficas vistas del golfo y de un pequeño puerto pesquero enclavado en la costa, conocido como Murphy's Pond. Resultaba un cambio agradable del ruido y del incesante trajín de la universidad, situada a más o menos una hora de allí y donde yo ejercía las funciones de decano. La verdad sea dicha, como decía mi finado padre en uno de sus infrecuentes arrebatos irónicos, lo mío en la universidad no era tanto un empleo como una posición, ya que eran otros quienes se encargaban de la mayor parte del trabajo. Me limitaba pues a ocupar una suerte de limbo pastoral mientras me recuperaba —ostensiblemente— de varios años en un desagradable y duro destino.

El teléfono me apartó de mis cavilaciones ese lunes por la mañana en Port Hood, dando lugar a la narración a la que, no sin cierta reticencia, debo dar comienzo.

—El obispo quiere verle.

—¿Y qué es lo que quiere ahora? —pregunté.

—No lo ha dicho. Sólo ha dicho que vaya a verle esta tarde. A palacio.

Ahora sé que estaba intentando demorar el momento de mi visita cuando decidí acercarme en coche a Little Harbour, otro pequeño puerto de pescadores al que se llega por una carretera secundaria desde el extremo más al sur de la parroquia.

El puerto parecía desierto. Entre los vividos detalles que conforman esa mañana de octubre de 1993, recuerdo una garza azul sumergida hasta las rodillas y totalmente absorta en algo que había visto en el agua calma e inmóvil como el aceite. Acto seguido oí el rugido de un motor de gasóleo y en ese instante pude ver una alta antena de radio montada sobre lo que bien podía haber sido una cruz. Se movía despacio sobre la cresta de un profundo surco abierto en el agua no muy lejos de allí. Habríase dicho que la cruz móvil y el suave rugido no guardaban relación alguna hasta que de pronto un barco asomó por el dentado extre-

mo de una escollera. Era un barco de pesca de unos cuarenta pies de eslora, coronado por un mar de antenas y provisto de una amplia zona de trabajo detrás de la cabina. El nombre del barco, *Lady Hawthorne*, bien podía haber sido un presagio, o quizás eso es lo que pienso ahora, con la claridad que da la distancia.

El muchacho que estaba en proa tendría unos dieciocho años. De su gran mano izquierda colgaba despreocupadamente un cabo. Iba vestido con el uniforme propio de la costa: vaqueros, un suéter descolorido y deshilachado en los codos y botas de goma hasta las rodillas. Tenía una densa mata de pelo largo que le oscurecía la frente y el cuello, y el rostro bronceado. Aunque miraba fijamente al frente, se volvió y me saludó con un movimiento de la cabeza en un instante de distraída curiosidad al tiempo que el barco se deslizaba por la larga garganta del puerto y la roda dibujaba un limpio y susurrante surco en el agua.

Serían cerca de las ocho. La sanguínea luz rojiza del sol apostado tras de mí había levantado una ligera neblina que mantenía justo encima de la superficie. Sentí el primer suspiro de la brisa. Algo en aquel barco —quizá su nombre y el porte del chico— me llevó a aparcár la ansiedad que me acosaba. No era frecuente ver a alguien de esa edad tan inmóvil y sombrío. De pronto me di cuenta de que ese joven era excepcional simplemente a causa del lugar y del momento. Quizá cualquiera habría sido como él en esas circunstancias. Silencioso. Aun así, fuera como fuese, el muchacho captó mi atención y vinculó aquel instante a tiernos rincones de mi memoria. Hombres y muchachos condenados: en la claridad que sólo otorga el recuerdo, todos ellos muestran esa misma quietud.

El hombre que estaba al control del barco tendría probablemente mi edad y era alto y corpulento. En ese instante, viéndoles avanzar a toda velocidad por el estrecho pasadizo y pasar por delante de una cobijada hilera de barcos similares, ambos se me antojaron casi imprudentes. Sin em-

bargo, justo delante del muelle se produjo un rugido de aceleración inversa y el *Lady Hawthorne* pareció pivotar en un pequeño círculo para adentrarse con suavidad en el espacio existente entre otros dos barcos, aunque mirando hacia el mar. El muchacho saltó alegremente a la orilla, cabo en mano. El mayor de los dos hombres estaba ya en popa, enrollando otro cabo que segundos más tarde lanzó a tierra.

Los dos pescadores descargaban en el muelle grandes cajas de plástico mientras yo volvía al coche. Supuse que eran padre e hijo. No parecieron reparar en mí.

El hombre mayor habló cuando yo ya casi había llegado al coche.

—Qué mañana tan pérfida, ¿eh, padre?

Me volví.

—Nunca olvido una cara —dijo—. El padre MacAskill, ¿verdad?

—Sí —respondí.

Se acercó entonces a mí, ofreciéndome una mano enorme. Parecía ligeramente falto de equilibrio. El muchacho había vuelto al barco y había desaparecido de mi vista.

—Dan MacKay —dijo—. Me han dicho que viene usted del otro lado del estrecho.

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy de los MacKay de la carretera de la costa.

Un puñado de canas emblanquecía su cabello de color rubio arenoso. Un nombre se abrió paso en mi memoria.

—Danny Ban —dijo—. Solían llamarle Danny Ban, creo. Se sonrojó.

—De eso hace muchos años. No quiero ni pensar en lo que habrá podido oír decir de mí, padre. Probablemente, Danny Bad sea un mote más apropiado.¹

Me reí.

—Pero ya no vivo aquí. Ahora vivo en Hawthorne. Ya hace años que me mudé. Construí mi propia casa después de que naciera el muchacho.

—Hawthorne —dije—. Ya he visto... el nombre en su barco.

—¿Conoce el lugar?

—He oído hablar de él, pero no he estado nunca allí.

—Debería ir algún día. Pase a vernos.

—Quizá lo haga.

El muchacho se alejaba ya hacia su furgoneta, ignorándonos.

—Encontrará el nombre en el buzón que está al pie del camino —dijo el padre del chico—. MacKay. Somos los únicos allí arriba.

—Gracias.

Se volvió de espaldas y se dirigió él también hacia la furgoneta, donde el muchacho le esperaba al volante. El motor rugió impacientemente hasta volver a la vida. Me desconcertó una vez más su forma de andar insegura. «Demasiadas horas en el barco —pensé—. Piernas de marino.»

La furgoneta arrancó cuando Dan apenas acababa de cerrar la puerta al subir y las ruedas traseras resbalaron sobre la grava. El vehículo se detuvo brevemente donde el camino del muelle entronca con el asfalto. A juzgar por el ángulo de inclinación de las cabezas, los dos ocupantes del vehículo estaban hablando. Utilizaban su lenguaje secreto, el dialecto de la intimidad: palabras sueltas y frases oscuras comunicando cantidades ingentes de información.

«Soy de los MacKay de la carretera de la costa», había dicho. Una breve biografía y, para aquellos que conocen el lugar, una genealogía, todo lo que hay que saber resumido en una única frase. En su día quizá me habría sentido un poco celoso, pero en algún punto del camino la identidad ha dejado de importar. Ahora mi lugar de origen me resulta del todo indiferente. Me he convertido en la sotana que me cubre. Y no es necesario que nadie sepa nada más.

«Pase a vernos algún día —había dicho el hombre—. Venga a hacemos una visita.»

Y así fue cómo empezó todo. Con un cúmulo de necesidades disfrazadas de hospitalidad.

Había en el canal un trasbordador oxidado que técnicamente mantenía nuestra condición de isla. El puente colgante situado en un extremo del kilómetro y medio de calzada estaba abierto y un montón de coches y de camiones abarrotaban la carretera, impacientes por llegar a sus destinos en el continente. Me alegró el retraso. El obispo siempre tiene algún motivo cuando llama. Siempre algún trabajo «especial» en mente.

A menudo he intentado recordar cómo empezó, cómo me convertí en su... ¿qué? ¿Qué es lo que soy realmente? Supongo que todo es una cuestión de perspectiva. Lo diré de otro modo: para otros sacerdotes, no soy una presencia bienvenida.

Las primeras llamadas del obispo me habían resultado claramente inocuas. A estas alturas, he olvidado los detalles de esas convocatorias, sin duda oscurecidos por recuerdos mucho más sombríos, aunque sí recuerdo sus palabras:

—Le he pedido que venga porque tiene usted la cabeza bien puesta sobre los hombros.

Quería que me ocupara de un asunto delicado. Así es como se referiría a todos ellos. Asuntos que eran delicados. Cuestiones que requerían una buena cabeza y mano firme. Probablemente estábamos a finales de la década de 1970. Yo acababa de regresar de mis dos años en Honduras.

—Después de todo lo que ha vivido en el sur —dijo—, es muy posible que esto le parezca un asunto digno de Mickey Mouse. Pero aquí las cosas están empezando a salirse de madre. Nuestro querido Juan XXIII, que Dios le tenga en su gloria..., no tenía ni idea del lío en el que nos estaba metiendo.

Recuerdo que le escuché atentamente, intentando adivinar dónde quería ir a parar.

Dejó escapar un profundo suspiro.